

*Biblioteca Popular de Cultura Colombiana*

16

**SERGIO ARBOLEDA**  
**LA REPUBLICA EN LA AMERICA ESPAÑOLA**

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA  
BIBLIOTECA

**BOGOTÁ, 1951.**

UNIVERSIDAD NACIONAL  
Facultad de Ciencias  
Humanas y Sociales  
Biblioteca

*Publicación del Ministerio  
de Educación Nacional,  
bajo la dirección de la  
revista "Bolívar".*

*Impreso en la Editorial A B C - 1951.*

986.102

A6662

g.1

Sergio Arboleda

**LA REPUBLICA**  
**EN LA**  
**AMERICA ESPAÑOLA**

BIBLIOTECA POPULAR DE CULTURA COLOMBIANA



## PROLOGO

*Gracias al noble interés del doctor Rafael Azula Barrera, Ministro de Educación Nacional, podemos dar hoy a la estampa el primer tomo de las obras de don Sergio Arboleda; pues accediendo gustoso a una insinuación nuestra, dispuso en buena hora que las editase la Sección de Cultura Popular del Ministerio a su cargo, cuando nosotros hubiésemos enviado las copias de los originales que recibimos de nuestro padre y que, como él, hemos guardado cuidadosamente.*

*A tal fin, trasladados estos importantes documentos al Archivo Central del Cauca, se van ordenando y clasificando por materias, para formar —a guisa del primero— los demás volúmenes, que esperamos habrán de ser publicados con el favor oficial de tan eficaz Mecenas y el decidido apoyo que para facilitar las copias nos vienen prestando el señor Gobernador del Departamento y el señor Rector de la Universidad del Cauca.*

*En este primer tomo, aparecen los diez artículos que publicados por el propio don Sergio en La República, de Bogotá, con el seudónimo G. de Soroa (Gabriel de Soroa, anagrama de Sergio Arboleda) y bajo el título: LA REPÚBLICA EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA, fueron reimpresos en 1869 en un precioso opúsculo bien conocido que, como dijo Suárez, “no pesa como*

*el oro sino como el diamante*"; y con estos artículos, "que tanto contribuyeron al brillo de su nombre en el exterior", van en seguida, distinguidos con los numerales Undécimo y Duodécimo, otros dos que él dio al público en 1871, en su periódico Los Principios Político-Religiosos, de Popayán, bajo el mismo título y como Primero y Segundo de una Segunda Serie que empezaba a redactar en forma definitiva. Estos versan sobre la Religión y en ellos demuestra su autor con aquella nitidez de estilo e impecable lógica que le son propias, cómo perseguir el catolicismo en América es anarquizarla, haciendo ver, en el uno, el funesto carácter de nuestra revolución al prescindir de ese imprescindible elemento del alma nacional americana, y la naturaleza y gravedad de los errores en materia religiosa, y, en el otro, el espíritu anticatólico de los legisladores hispano-americanos, que pretextan que el catolicismo es antagonista del progreso y libertad, cuando es su mejor garantía.

Un tercer artículo, complementario de los antedichos, escribió asimismo don Sergio, según los borradores, incompletos, que hemos encontrado entre sus papeles. En él entra a probar que las sociedades secretas son la principal causa del mal social y político de las Repúblicas en la América Española. Mas, por desgracia, en la colección del citado periódico nos faltan algunos números intermedios correspondientes a los últimos meses de 1872 e inútilmente los hemos buscado en otros archivos, para averiguar si en sus columnas se incluyó ese artículo como los dos ya enunciados.

*Sin embargo, aquellos tiempos no eran propicios para todos los escritores. Los Principios Político-Religiosos se vieron en el caso de suspender sus labores en agosto de 1871, con el N<sup>o</sup> 12, "hasta que cambiando las circunstancias, decía, éstas y los hombres se muestren más favorables a la consecución de nuestro patriótico y pacífico objeto". Así pues, ¿no influiría tal motivo en el ánimo de Arboleda para suspender también el desarrollo de sus luminosos escritos ya que no podía por entonces publicarlos? "Según lo manifiestan los hechos (dice en una de las razones que adujo para la suspensión de aquella joya), está en los intereses del partido hoy predominante en el país o de una fracción suya, tomar pretexto de nuestros escritos para avivar pasiones amortiguadas, despertar odios y suscitar prevenciones contra la honrada labor que traemos entre manos, y la prudencia nos impone el deber de remover por nuestra parte todo pretexto que pueda servir para turbar la tranquilidad de los espíritus. . . Una vez prevenidos los ánimos, no será posible que se escuche con provecho la severa voz de la verdad; pues ésta presupone la calma completa del corazón."*

*Además, en un artículo nombrado Nuestro Símbolo, que insertó en el N<sup>o</sup> 2 del citado periódico, explica él las circunstancias que lo llevaron a relacionarse "con sociedades, gobernantes y gobernados de otras naciones americanas, a penetrar en el campo de su industria y estimar, en lo posible, su situación económica, y a hacer aun el estudio comparado de la historia e instituciones de muchas de nuestras repúblicas*

*inclusive la nuestra", y después de manifestar como todo esto dejó en su ánimo "convicciones profundas sobre la verdadera situación de América, las causas de su malestar y los medios, en fin, de conducirla a la grandeza a que parece estar llamada por la voluntad del Creador", agrega: "Lo dicho nos decidió a redactar los artículos intitulados LA REPÚBLICA EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA... pero habiéndonos sido imposible continuar aquella publicación, redujimos todas nuestras ideas a las breves proposiciones que bajo el título de Nuestras Doctrinas circuló en Los Principios de Cali y más tarde en un pequeño cuaderno."*

*Con todo, cuando así escribía se ocupaba en redactar la Segunda Serie de estos artículos, que por desgracia también se vio precisado a suspender con su periódico. De aquí, que hayamos creído necesario incluir en el presente tomo los escritos del pequeño cuaderno, precedidos de Nuestro Símbolo e intitulados Nuestras Aspiraciones (que es un compendio del programa ideológico del autor), Nuestros Principios, Nuestras Doctrinas, Nuestra Conducta y La Paz (que confirma las ideas expresadas en los anteriores) los cuales se refieren a los partidos políticos, así de Colombia como de toda la América Española, que obedecen a unos mismos antecedentes, principios y tendencias y emplean medios idénticos en la ejecución de sus planes. Estos escritos, pues, en los que propone las normas que deben seguirse para el establecimiento de una república democrática cristiana fundada en la justicia, y el informe que el mismo don Sergio leyó el 25 de febrero de 1857 en la academia del Colegio Se-*

*minario de Popayán sobre esta cuestión: El Clero puede salvarnos y nadie puede salvarnos sino el Clero, junto con los artículos que hubo en seguida de escribir en defensa de su tesis, cuya materia aclara, precisa y ensancha, y Las Siete Palabras, artículo publicado primero en Lima y reimpresso en Popayán en la Cuaresma de 1874, aplicado al orden social y político, forman la segunda parte de LA REPÚBLICA EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA.*

*Antes de esta obra don Sergio había redactado otra dividida en veintitrés capítulos y titulada: El General don Antonio de Santa Ana y la Revolución de México, o sea LA REPÚBLICA EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA, que hemos encontrado en su archivo con un cuaderno de apuntes destinados a mejorarla, y en cuya conclusión advierte: "Nuestro objeto no ha sido tampoco defender al General Santa Ana sino tomar ocasión de los accidentes de la vida de uno de nuestros hombres públicos, para hacer el estudio de las instituciones republicanas en la América Española y ninguna vida se prestaba más a nuestro objeto que la de aquel que ha sido actor en toda la revolución desde el principio hasta el fin, y ha figurado como prohombre del país en que aquella ha andado más aprisa, dado frutos más tempranos y atraído sobre la nación y sus caudillos más pronto y ejemplar castigo. Escogimosle, además, temerosos de no ser imparciales al estudiar la vida de hombres que nos fuesen más conocidos e hijos de repúblicas en cuyas cuestiones nos hubiese tocado alguna parte y no ha influido poco en hacernos fijar en Santa Ana, el considerar que,*

*más que otro alguno en América, ha sido tachado de ambicioso e inconsecuente; pues convenia demostrar que en el laberinto y confusión de nuestra política las inconsecuencias son casi siempre explicables, y a veces necesarias y aun meritorias."*

*Sin embargo, o porque luego se propuso extender el estudio de algunos puntos más de lo conveniente dentro de una biografía, como lo hizo, tomando de ella los temas de sus oportunos artículos y aun apartes que amplió precisando su pensamiento, o le pareció que vinculada a la vida de un hombre y una nación, su obra perdía el carácter general con que la concibió, o porque no tuvo, según lo dice, otras fuentes históricas de aquel país que "folletos y artículos de periódicos y libros extranjeros llenos de inexactitudes", que con gran trabajo de días enteros rectificó compulsando escritos; lo cierto es que dejó esta obra a un lado y aprovechó sus reflexiones filosóficas, políticas y morales para redactar la que hoy, complacidos, damos al público.*

---

*Mas, ¿quién fue Sergio Arboleda? Las nuevas generaciones acaso lo ignoran, y quizá aun muchos de la que va pasando no han sabido todo lo que su nombre representa. Sin espacio para hacer de él una biografía completa —que dejaremos para después— sólo diremos que no fue como su hermano Julio el hombre brillante y raudo como el rayo que sobrecogia deslumbrando; sino el varón ecuaníme, de clara y penetrante inteligencia, de extraordinaria cultura que alimentó en los campos de las ciencias exactas y natu-*

rales, literarias, filosóficas, sociales y políticas, y sobre todo, cristiano de probidad integral: llamáronlo al bautizarle Sergio Probo Gabriel y correspondió al segundo de sus nombres —el de su santo— con la exactitud matemática que rigió toda su vida.

Vino al mundo en Popayán el 11 de octubre de 1822, cinco años después de Julio, quien nació en pleno régimen del terror en la apartada y exuberante Timbiquí. Fueron sus padres don José Rafael Arboleda y Pérez de Arroyo, el amigo predilecto de Bolívar, y de doña Matilde Pombo y O'Donnell, a cuyo lado permaneció en tanto que su hermano a la edad de 13 años era llevado por don José Rafael a acabar su formación en un colegio católico de Inglaterra. "Mas esa alma de mujer cristiana, docta y fuerte —al decir de Valencia— fue sin duda el troquel de donde saltaron un día, con sus recios perfiles, aquellos dos discos luminosos: el uno de arrogancia cesárea; severo el otro, como los máximos pensadores de la antigüedad clásica."

Por los datos biográficos de don Sergio, que reposan en su archivo, sabemos que él sin salir de la casa con maestros, como don Manuel M<sup>o</sup> Luna y tan excelsa matrona, que hizo también para con él las veces de padre al quedar huérfano de éste, cuando contaba apenas 9 años, adquirió con la primera educación: la familiar, base definitiva de la que el hombre recibe posteriormente, "los conocimientos primarios y los rudimentos de Geografía, de Gramática Castellana, de Moral, de Dibujo, de Historia Sagrada y Profana, antigua y moderna, y especialmente de la Griega y Ro-

*mana y la de la Conquista e Independencia de América, y de idiomas latino y francés”.*

*El mismo refiriéndose a su madre, declara: “Educada por su padre don Manuel de Pombo, uno de los próceres de nuestra emancipación y esposa de un patriota ardiente, participe de la persecución que ambos sufrieron por su amor a la Independencia, ella se empeñó en formar el corazón de su hijo para la República. Al darle lecciones de historia griega y romana y al hacerle leer las vidas de los varones ilustres por Plutarco, le imbuía los deberes que el hombre tiene para con la patria haciéndole notar sin embargo los defectos y faltas de aquellos grandes hombres y la diferencia que hay entre el patriotismo bárbaro de los antiguos y el patriotismo cristiano, y al efecto le llevaba a comparar a aquellos héroes con los modernos, como Carlomagno, Alfredo, Blanca de Castilla, San Luis, Isabel la Católica, Caldas, Bolívar, Sucre, etc.*

*Con tal preparación entró a cursar en la Universidad del Cauca, donde recibió lucidamente el grado de doctor en jurisprudencia, para brillar desde entonces en el cielo de la patria sin eclipses. Con razón, a su muerte, acaecida cuando era Rector de este instituto el 19 de junio de 1888, pudo decir don Simón Rojas en clásico discurso:*

*“¿Quién ignora lo que significa el nombre de Sergio Arboleda?*

*“Popayán, Colombia, América entera lo proclaman como símbolo de la constancia en el trabajo, del valor sereno y nunca desmayado, del patriotismo puro y ar-*

diente, de la inteligencia poderosa, del carácter nobilísimo, hijo de virtud incontrastable... No trabajó para su propio provecho; trabajaba, sí y sin descanso sólo por el bien de su patria, por el bien de la humanidad, por el triunfo de la justicia que es el mismo de la libertad...

“¡Ah, señores! la vida de Arboleda ofrece un conjunto admirable, porque en la inmensa variedad de las manifestaciones de su actividad moral e intelectual se nota una unidad sorprendente. Podría yo ocuparme ahora, si el breve espacio de que dispongo y mis escasas fuerzas lo permitieran, en estudiarlo como literato, o como institutor, o como periodista, o como legislador, o como publicista y encontraría en la manera como desempeñó todas y cada una de estas profesiones, aun consideradas aisladamente, muchos motivos de enseñanza y bastantes para su gloria; pero hallaría también que al ejercerlas, Arboleda se proponía un solo y único fin —el triunfo de la justicia— y por lo mismo jamás incurrió en la más leve contradicción en sus doctrinas ni en sus principios ni en su conducta, a pesar de las diferentes y muchas veces difíciles situaciones en que el vaivén de los acontecimientos lo colocó.

“Esta unidad inalterable es alto pedestal para Arboleda, porque, como vosotros lo sabéis y él mismo lo decía, ‘el hombre intelectual es un fenómeno inexplicable: son muy pocos los seres privilegiados que reducen todas sus ideas a un sistema lógico, dándole por base, como debe ser, un principio fundamental y único’.

*“Y este principio fundamental y único que informó todas las ideas de Arboleda y todos sus sentimientos, fue el deber, del cual nadie ni nada pudo apartarlo: jamás pasión mezquina pudo penetrar en su generoso corazón. No el odio ni la venganza: después de haber sufrido graves daños por la defensa de su causa, decía de sus adversarios: ‘no les hagamos inculpaciones: quédese esto entre Dios y ellos; Dios es el único Juez de las intenciones del hombre; nosotros debemos creer que las de ellos fueron buenas’.*”

*“No ambicionó riquezas; antes por su amor a la patria y a la justicia, perdió las cuantiosas que poseía y sufrió pobreza en tierra extranjera. No corrió tras la gloria; ¿qué es la gloria? ‘La verdadera gloria, decía Arboleda, es el cumplimiento del deber, y quien cumple el suyo en el puesto en que la Providencia lo colocó, ese ha obrado el bien que le estaba ordenado y ha adquirido la gloria de que Dios le hizo capaz’.”*

Y nuestro máximo poeta Rafael Pombo, al dar a la familia el pésame por la muerte de Arboleda: “Ignoramos todavía la causa inmediata de la irreparable calamidad, escribía . . . Pero cualquiera que sea el nombre de su última enfermedad, yo consideraba un constante milagro, obra de extraordinaria virtud que vivía venciendo la postración física, aquella ejemplar laboriosidad de nuestro incomparable Sergio, que ningún trabajo esquivaba y antes se multiplicaba con la más esmerada y profunda atención en tantas diversas ocupaciones, cuando desde 1860 o 61 lo ponía a prueba y lo extenuaba físicamente un mal que a tantos imposibilita para todo esfuerzo: grande ejemplo para

millares de individuos a quienes la menor contrariedad exaspera y que por cualquier dolencia o pretexto se creen exentos del trabajo, que antes parece impuesto por la Providencia no sólo como prueba y ejercicio de virtud sino como saludable distracción de las miserias y amarguras inevitables en este valle de lágrimas.

"Yo, que, sin sus virtudes ni su fecunda laboriosidad llevo sin embargo en lo físico un camino algo semejante al de mi amadísimo Sergio, pues desde 81 u 82 adolezco de suma debilidad de digestión y cuento tres fuertes ataques de disentería, puedo talvez apreciar en su extraordinario mérito la constante victoria de su grande alma sobre su arruinada carne; y así no cesaba de asombrarme con sus admirables trabajos de dirección y disciplina del partido conservador en constante lucha con amigos voluntariosos; con sus magistrales escritos de La Voz Nacional, que revelan tanta serenidad de ánimo y tan consumado estudio de cada sección del país y de nuestra historia y necesidades sociales; con otros trabajos de meditación y organización con que se prestaba a auxiliar a los amigos; y recientemente con sus lecciones y variadas tareas de educación, de estudio económico del Cauca, de intervención que se exigía de él en la política nacional y de la Gerencia del Camino de Micay, el informe de cuya marcha, redactado por el Secretario Contador, señor Vejarano (Ricardo), es en casi cada uno de sus párrafos un testimonio de la previsorá contracción de Sergio a la realización de esa esperanza de prosperidad para el Sur, y una última prueba también del

*desinterés personal del Gerente, que rehusó toda remuneración por sus eficaces servicios.*

*“La noticia de su grave enfermedad me sorprendió más porque el mismo día había recibido ese informe, rotulado efectivamente por él mismo; y pocos días antes recibí su última carta, de 22 de mayo, en que... aun se extendió a darme un breve juicio, favorable desde luego, de la excelente novela El Alférez Real del señor Palacios, prueba de que en medio de ‘los muchos negocios que tengo a mi cargo’ que menciona al principio, todavía ensanchaba el tiempo para la lectura literaria y para la abundante y variada correspondencia que llevaba con amigos y copartidarios... Muchas lágrimas les costará y nos cuesta a muchos, la ausencia de ese tipo ejemplar de todas las funciones dignas del hombre, del ciudadano, del cristiano; pero él enseñó a ustedes prácticamente que aquí venimos sólo a sembrar, a merecer; que entre los méritos está el dolor, ofrecido al que nos dio su sangre y 33 años de miseria humana por salvarnos, y que no es aquí donde debemos ni podemos pretender recibir el fruto y la recompensa, sino en la región de paz y serenidad en donde hoy esperamos que more el que dijo una vez que ‘vivir es aprender a morir’ y cuya muerte fue, estoy seguro de ello, una lección admirable de la resignación y la paz de una conciencia cristiana, y de la esperanza de lo único digno de anhelarse en esta vida, que es la verdadera Vida.*

*“Muchas esperanzas de otra clase fundaban los buenos ciudadanos en la próxima asistencia de Sergio al Congreso Nacional, para la regularización, economía*

y discreto encarrilamiento de la reciente transformación política de nuestro país. En estos momentos, más que en otras circunstancias, debe deplorarse su muerte como una calamidad nacional, pues a muchos nos consta la poderosa influencia de su sabiduría y de su serenidad y abnegación para conciliar intereses encontrados; pero le sobreviven sus profundas y desapasionadas palabras, y su ejemplo no será perdido para los que aspiren a dejar en pos de sí una memoria nacional, pura e intachable como la suya."

Así pensaban de él sus contemporáneos colaboradores suyos en la obra de restauración social, moral, y política por él mantenida con tanto tesón, desinterés y éxito, y el tiempo que contrapesa justamente el mérito atribuido al hombre al morir, sigue presentando al ilustre payanés con los mismos gloriosos atributos que entonces. Con ocasión del centenario de su nacimiento —treinta y cuatro años después de fallecido— el eminente Suárez escribía: "Su puesto es muy insigne entre los escritores y entre los literatos de América. Supo dar a sus escritos una forma tan correcta como castiza. Terso y sencillo es su estilo, como el de Vicente Cárdenas y el de Felipe Zapata, y su lenguaje es castellano, sin amaneramiento, tan apartado del arcaísmo que siembra de clavos los escritos, como del neologismo que adultera una de las joyas más preciosas del patrimonio espiritual de los pueblos. Sus escritos son así verdaderos modelos, que los jóvenes deben leer y releer, no tanto como luminares de sabiduría y lecciones de moralidad y cultura, no sólo como enseñanzas siempre nuevas de moderación, cien-

cia y patrimonio, no únicamente como espejo de magnanimidad y dignidad y honor, sino como modelos de lengua y estilo y como remedio a la barbarie novísima que persigue y hostiliza con odio político el estudio del idioma...

*"El discurso académico sobre el Quijote es entre los escritos del doctor Arboleda monumento de erudición y crítica literaria, donde campean... observaciones que pueden aparearse con las de Ticknor y Juan Valera, y pensamientos que revelan un conocimiento profundo de las literaturas clásicas y de varias modernas. Otro tanto puede decirse de su monografía sobre las ciencias y las bellas artes en Colombia, en la cual lo hallamos dotado de alto sentimiento poético y conocedor de la estética. Si su hermano ascendió a las alturas de la epopeya, don Sergio fue admirador de lo bello en tanto grado, que, al calificar el influjo de la poesía sobre la civilización de las naciones, sus ideas coinciden con lo que dijo el gran Luis de León cuando afirmó que ciertos prevaricadores de la pluma profanan dos cosas santísimas, que son la poesía y las costumbres.*

*"En cuanto escribió Arboleda se revela el pensador, esto es, aquel cuya pluma no improvisa el pensamiento ni lo va forjando y exprimiendo al compás de la pluma que se mueve, sino que lo vierte después de rumiado por la meditación. Trabajar como pocos han trabajado aquí, en el bufete, en la cátedra, en los campos de la agricultura, en los debates parlamentarios, ésa fue su actividad exterior, y la interior fue pensar, meditar y orar..."*

*A tan autorizados conceptos del Filósofo de Bello que quiso al emitirlos rendir "ofrenda humilde... a uno de sus más generosos protectores", vienen a unirse los de nuestro egregio coterráneo, el genial Valencia, para dar a conocer más hondamente al autor de LA REPÚBLICA EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA, cuya personalidad destaca magistralmente en los siguientes apartes que entresacamos de su discurso pronunciado en Popayán el 11 de octubre de 1922:*

*"Grave empeño de historiador seguir paso a paso y día a día, en una vida pública de medio siglo, al hombre que en la segunda generación republicana concentrara entre nosotros, todas las modalidades del pensamiento y de la acción. El periodismo, la cátedra, la tribuna pública, el bufete, el salón diplomático, la acción social, la correspondencia, la empresa rural y el campo de batalla; la hoja volante, el folleto y el libro fueron sitios y maneras en que se ostentó aquella naturaleza tan ricamente dotada de cualidades de excepción. No es audacia asentar que desde 1843 no hubo en Colombia acontecimientos de importancia a que don Sergio Arboleda no hubiese prestado su concurso en forma brillantísima cuando no decisiva.*

*"Periodista, ilustró la opinión pública en general y, peculiarmente, la de su partido que le ha contado siempre entre los primeros conductores, en hojas fundadas por él o en que colaboró sin tregua, y es de advertir que sus faenas de prensa fueron más asiduas, intensas y perseverantes en aquellas épocas en que los intereses de su predilección, es decir, los sociales, se veían amenazados de algún modo...*

*“Maestro, dejó correr en larga vena la atávica inclinación docente, ya que su abuelo y algunos de sus parientes inmediatos mostraron siempre tendencia irresistible a propagar conocimientos entre las diversas clases sociales. . .*

*“ . . . Hombre de meditación y consejo y de una discreción connatural al verdadero estadista, desempeñó misiones delicadísimas en servicio de sus ideales, con gran mano en la dirección de su partido y consta que arrojó por él graves riesgos, y más de una vez estuvo a punto de sacrificarle la vida. Tal en 1861 cuando se abocó solo en el campamento enemigo con el General López, a cumplir atrevido encargo de don Julio; tal cuando meses más tarde se echó sobre sí la faena de irse al Ecuador a exigir el cumplimiento de las estipulaciones de Tulcán al Presidente desleal que lo hizo aprehender violando el fuero de hidalguía a que él más que nadie estaba obligado.*

*“No paró sólo en mera exposición doctrinaria la voluntad interna de aquel hombre. A la energía, claridad y entereza con que supo siempre reclamar el derecho, defender la libertad y volver por el fuero de la justicia conculcada, colmada ya la medida de la paciencia y el respeto dejaba la pluma para echarse al campo del honor con iguales bríos y constancia. . .*

*“Como jalones luminosos plantados a lo largo de la carrera pública aparecen la mayor parte de sus trabajos de escritor, que tuvieron honda repercusión cuando vieron la luz e influyeron en gran manera en la conciencia pública, porque aparecían siempre con un don de oportunidad muy propio de quien sabía*

*preparar la opinión y obrar en la hora precisa. Por circunstancias personalísimas o inherentes al medio en que pasó la mayor parte de su vida, vióse siempre Arboleda solicitado por atenciones muy diversas, que por serlo no dañaron en nada la excelencia de los diversos frutos, dignos todos por su lozanía, de aquel árbol excelso. La mayor parte de sus opúsculos estudiaron cuestiones palpitantes que agitaban la opinión en Colombia o en otros países de América; trataron sobre finanzas y puntos históricos controvertidos, o fueron de carácter didáctico o meramente literario. Miembro del Congreso, laboró informes que se leerán en todo tiempo con provecho y que en su hora hallaron eco profundo en la conciencia nacional, sin contar sus escritos polémicos y la copiosísima y no interrumpida colaboración en hojas periódicas. Autor de tanta madurez intelectual, de tan extensa y sólida instrucción, de tan larga experiencia en los asuntos públicos y tan excepcionales capacidades de todo género, tuvo el don de imprimir a cuanto dejó escrito, sello propio e inconfundible. Maravilla que hombre de tan vastas lecturas no rindiese tributo a teorías muy en boga, como no viniesen respaldadas por una experimentación escrupulosa, sostenida y científicamente contrapesada. Sus principios políticos como en la mayor parte de nuestros estadistas fundadores o en los que les siguieron inmediatamente, no fueron el trasplante inconsiderado de fórmulas exóticas con olvido o descuido de las condiciones peculiares del medio indígena a que se traían, sino las consecuencias necesarias, deducidas de hechos concretos, histórica-*

*mente comprobados, serenamente meditados, sometidos a riguroso examen, relacionados entre sí con la más estricta lógica e inquiridos con ojos de sociólogo, en las fuentes mismas de la vida social: la etnografía, la historia, el medio físico, el momento y todos los accidentes peculiares y determinativos que caracterizan a cada agrupación humana. Avezado a leer por sí mismo el libro de la vida, su obra política tiene tales frescura y verismo que contrasta con la aridez y vacuidad de ciertas adaptaciones ingeniosas que, a semejanza de algunas plantas extrañas que traspasaron la insalvable valla de la tolerancia geográfica, viven precariamente en los códigos de donde a la postre son arrancados por imposible adaptación. Tan feliz comprensión del problema, tuviéronla también algunos otros —don Rafael Mosquera entre ellos— pero no llegaron a sistematizarla como Arboleda, y menos a exponerla en forma tan completa, razonada y brillante. LA REPÚBLICA EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA es uno de los más profundos libros escritos en este Continente, y las graves enseñanzas que encierra, el más vivo ejemplo de exactitud de las ciencias sociales cuando se las somete al método inexorable con que se estudian otros fenómenos de orden experimental. Penetró Arboleda tan profundamente todos los antecedentes de nuestra nacionalidad, que tuvo innumeras veces, durante su vida pública, aciertos de vidente, o mejor, previsiones de sabio en quien el método, servido por la más alta probidad, excusan de la intuición misma. De allí la unidad y cohesión de aquella vida que fue en todas sus fases lógico desarrollo de las dos fuer-*

zas que enseñorearon su espíritu y dominaron su voluntad: en el orden intelectual, la verdad revelada, y en el orden moral, el deber, cumplido siempre, sin desmayo, sin vacilación, sin orgullo, sin miedo, sin ostentación ni móviles de interés terrenal.

"...Claridad, ciencia, pulcritud idiomática, riqueza verbal y galanura, hacen de la obra entera de Arboleda y de aquella peculiarmente, un delicioso manjar para el más refinado gusto clásico. Esas páginas tan doctas, tan realistas, tan intensas, más parecen escritas por un publicista inglés en el retiro de mansión venerada, que no, como lo fueron, a raíz de una contienda que costó a Arboleda tantos bienes, hasta la muerte de aquel a quien pudo aplicar palabras propias suyas al hablar de nuestra raza: 'Supo triunfar con el acero y entonar después en lira de oro el himno de la victoria.'

"Vuelto apenas del destierro, confiscados sus bienes, afligidos sus hijos de orfandad y de pobreza, no traspira en aquel libro sentimiento alguno de rencor o de parcialidad. Soplo de apacible medida parece regir el interno ritmo de las ideas que semejan águilas posadas en inaccesibles alturas! Y esas frases brotaron de su corazón adolorido ¡sobre las mismas ruinas de un hogar en escombros!"

Tal es el libro que va a tener el lector ante los ojos y cuya presentación hemos querido que la hiciesen plumas eminentes, excepcionales, y no la nuestra, que, por su escaso valor y el no ser ajena a la veneranda figura del gran payanés, podría desatendersele o tachársela de parcialidad.

JOSÉ MA. ARBOLEDA LLORENTE

Popayán, junio de 1951.

-2



## INTRODUCCION

Desde que empezaron a darse a luz en "La República" los artículos con que uno de sus más distinguidos colaboradores honraba sus columnas, y que llevan por título **La República en la América Española**, despertaron nuestra atención de la manera más viva, y nos hicieron emprender su estudio, que no simplemente su lectura, de una manera fría y concienzuda.

Aparte de la belleza del estilo, independientemente de su indisputable mérito literario, nuestro ánimo cansado ya de la larga e infructuosa pugna de las opiniones políticas, descansaba con la lectura de esas páginas escritas desde una altura rara vez alcanzada por nuestros escritores públicos, y en que lejos de recriminaciones que no hacen sino agravar el daño, se busca el origen de los males que nos aquejan, se consulta nuestra historia para buscar las causas generadoras, y separando los efectos de las causas que tan frecuentemente hemos confundido, se indica el remedio, y se excita a una discusión tranquila y calmada, como la requiere la importancia del punto que se somete a discusión.

La cuestión no puede ser más grave: el campo no puede apetecerse más grandioso, porque es este vasto continente; la historia de sus grandezas y de sus miserias suministrará las pruebas: el bien de la República será el premio disputado. ¡Looor a los que tomen armas en la pacífica y gloriosa contienda!

Por eso al saber que aquellos artículos se sacaban de las columnas del periódico en donde habían aparecido, para formar un volumen, nos felicitamos persuadidos de que con aquello se hacía un positivo beneficio al país, ya fuera que su publicación hubie-

se de ser la ocasión del debate, o cuando menos para cambiar el carácter precario de las publicaciones periodísticas, dándoles la forma adecuada del libro que se conserva y debe conservar como alta pieza literaria, como protesta del patriotismo alarmado contra los que viendo los males de la República reniegan de ella, lejos de buscar el remedio; como contestación a los que buscan las causas de nuestras desgracias en historias ajenas, y quieren estudiar la conquista y la colonia, y la revolución que arrancó de ella, estudiando solamente el año de gracia en que viven y prescindiendo de los antecedentes.

Por eso, y como tal conservaremos el libro que examina el origen, la marcha vacilante, las desgracias del sistema republicano en nuestro continente.

Pero no vaya a creerse que estas líneas tengan la pretensión de ser una recomendación de la obra, no; no seríamos suficientemente temerarios para pretenderlo, ni aun osados para escribir un artículo de introducción. Ellas son simplemente la manifestación de lo que hemos sentido al leerla, y si se nos permite, nos adelantaremos a decir que son un voto de reconocimiento patriótico y hasta personal para el autor. La explicación es sencilla. Somos decididos partidarios del sistema republicano, y amamos la patria con el santo amor que por ella debieron tener y tuvieron los que la fundaron; lamentamos sus desgracias, y nos sentimos ultrajados, ya que no humillados, cuando el escándalo de nuestras convulsiones internas hace que los extranjeros formulen contra nosotros el cargo de "incapacidad para las ocupaciones útiles y para poder constituirnos en naciones libres".

Este cargo en boca de extranjeros es explicable, porque ellos no hacen la cuenta de lo que la República ha tenido que luchar para ver de constituirse, ni recuerdan los elementos con que para ello se contaba; pero se convierte en blasfemia cuando oímos a algunos de los nuestros renegando de la República, que no tratan de aliviar, y echando de menos los antiguos tiempos coloniales, en los cuales sólo ven el hecho de la paz, sin detenerse a estudiar ni el go-

bierno, ni las costumbres, ni el estado social, causa primera de los males que no hemos podido evitar.

A esos principalmente está dirigido el libro de G. de Soroa; (1) a ellos más que a los otros es preciso convencerlos de que lo que pasa en América no es un mal social, sino meramente un mal político, a cuya curación debemos propender todos; mal que trae sus raíces desde el gobierno colonial, y que se explica sencillamente por la imposibilidad de "acomodar a una República democrática piezas tomadas de la máquina de una monarquía".

Forzoso es para darse cuenta del mal, hacer lo que hace G. de Soroa, y empezar examinando el Gobierno de la antigua madre patria, porque sería temerario entrar asentando, como lo hacen algunos, que la España no tuvo sino una política hostil para sus colonias, siendo inconcebible que se quiera dañar aquello de que se reporta utilidad; como sería infundado, hasta cierto punto, sostener que hubiera tenido una política benéfica. No, en América no había sino el reflejo de lo que pasaba en la Península: "la dilatación de sus fuerzas la debilitaba"; y España, grande y gloriosa bajo el reinado de los reyes católicos, ostentando su poderío bajo Carlos V, que igualaba a los indígenas americanos a sus vasallos peninsulares, entraba con Felipe II en la vía de la decadencia, que en América había de producir esa plaga de encomenderos rapaces que reemplazaban a los esforzados conquistadores, y que sólo tuvieron de los primeros pobladores la insaciable sed de oro, ya que andaba entre ellos escasa la virtud.

Es forzoso tener en cuenta el régimen colonial, en que los acontecimientos notables se resumían en la llegada cada seis meses de las gacetas de España, y la jura del nuevo soberano que seguía a las solemnes exequias del muerto; el sistema de gobierno y el régimen de instrucción, que sólo dejaba abierta para los americanos la carrera de la abogacía o la del sa-

---

(1) Seudónimo de D. Sergio Arboleda.

cerdocio; el régimen administrativo, que centralizaba en Sevilla, y luego en Cádiz, el comercio de las colonias monopolizado por españoles, cegando así la industria entre los naturales y limitando aquellos poderosos estímulos al estrecho tráfico interior de pueblos incipientes.

Es necesario ir más lejos. Forzoso es entrar en el examen de las razas que pueblan el continente, considerándolas como elemento social, viendo cómo y en qué proporciones entran en juego en el desarrollo de los Estados americanos.

Y más que todo, es preciso examinar la naturaleza y los caracteres de la revolución, sin incurrir en el error de tomar los efectos por las causas, y rechazando, como que nada la justifica, la comparación entre la revolución de Norte América y la que emancipó a las colonias españolas. Para que esta comparación pudiera ser justa, sería necesario que los antecedentes fueran idénticos; y al tiempo que las colonias británicas no tuvieron sino que pelear su guerra de batallas, y pasar del estado de colonias al de naciones soberanas, en Hispano-América la revolución llevaba en su seno cinco revoluciones más, cuyo desarrollo todavía dura. En Norte América fue sencilla y hacedera la transición del estado colonial a la vida independiente, en la cual continuaron rigiendo las instituciones, las costumbres, los usos todos de un pueblo educado como parte integrante de la monarquía; no así en la América Española, en donde al lado de la encarnizada lucha en donde nuestros padres lidiaban la guerra de la emancipación, había que seguir atravesando la revolución administrativa, la religiosa y la social. En Norte América, no había que hacer sino sacudir un yugo y aguardar a que el gobierno propio diera incremento al edificio social y político creado por Inglaterra, y en el cual todo funcionaba con regularidad. En Hispano-América era preciso destruirlo todo para fundarlo todo. De ahí la continuación de la lucha de los principios políticos luego que concluyó la de las armas; de ahí

el ensayo de todas las teorías que hemos querido poner en práctica, y la aparición de los partidos, y a las veces hasta la idolatría por los hombres en quienes parecía encarnarse una idea o un sistema, y que no contentos con ser los prohombres de una secta, degeneraban pronto en los caudillos vulgares de una facción.

La lucha permanente en que se han agitado las nacionalidades americanas, la "anarquía sistematizada" en que han vivido, como alguien la ha llamado, no es un mal irremediable; es la consecuencia forzosa de las malas bases sobre las cuales fue necesario fundar la República; es la lucha compañera del progreso; es la pugna necesaria entre el elemento joven de la sociedad, que con el fuego de su edad quisiera atropellar y vencer los obstáculos sin detenerse a orillarlos, y el elemento de la senectud que, con la cautela de la experiencia, quisiera retardar el paso que se da hacia adelante, hasta tanto de asegurarse que el terreno sobre el cual se va a posar el pie está firme. De la combinación de esos elementos depende el bienestar y el progreso de la República: no querer vencer las dificultades estrellándonos y derribando lo que se opone, a riesgo de quedar inertes, porque aun venciendo se puede caer en la anarquía, de la cual sobran ejemplos en las Repúblicas americanas; no querer oponernos a la marcha hacia adelante que lleva el mundo, porque correríamos el riesgo de quedarnos atrás, como se quedó España.

El lema de la República en el presente siglo es una de las grandes verdades de su institución; sólo que es preciso no desvirtuar el sentido de las palabras, y no confundir la libertad con la licencia; ni medir la igualdad por el nivel que hace descender a los grandes, sino por el que eleva a los pequeños; y no tomar la fraternidad, símbolo del cristianismo, por la falta de respeto a la propiedad y el aniquilamiento de la familia cristiana.

Eso, y mucho más, es lo que con maestría consumada examina G. de Soroa en la primera parte de

su escrito, y lo examina sin hacer inculpaciones a nadie, sin que los partidos tengan que aparecer cargando con mayor suma de responsabilidad que la que realmente les corresponde; y después de examinar el origen y la base de esos males, origen que no pudieron evitar nuestros padres, base que no pudieron variar para el fundamento de la República, deja comprobado que el mal no está en la institución ni en el sistema, sino en los medios de que hacemos uso para plantearla, en la falta de experiencia que no hubiera podido adquirirse siquiera en la historia, por ser nuestra revolución peculiar, en todo sentido; y por último, en la falta de virtud para llevar a cabo la obra de nuestros mayores.

Pero el trabajo de G. de Soroa sería incompleto si al lado del mal que examina desde su origen, no indicase el remedio. Para él el principio de nuestra vida normal sería adaptar las instituciones a nuestro modo de ser y a nuestros elementos sociales, sin apasionarnos por las teorías que pudieran ser practicable en otros pueblos, pero para las cuales no están todavía preparados los nuestros; no olvidar ni la situación, ni las costumbres, ni los elementos, ni los resagos coloniales que aun quedan, y el modo como todo aquello entra en juego en la marcha de la sociedad, cuando se va a legislar para ella. En resumen, tener como base general de la legislación la que se desprende de la moral cristiana, la que hace que nos reconozcamos libres y hermanos; la que ve en la igualdad no una doctrina que asuste sino una de "las manifestaciones de la justicia"; la que consagra la caridad como resultado de las dos primeras, y como síntesis de todo lo grande y de todo lo bello.

Sobre esa base G. de Soroa nos anuncia que examinará en la segunda parte de su escrito cada una de las instituciones del sistema republicano, para ver de ensayar la reorganización general, manteniendo el equilibrio entre la fuerza de innovación y la de estancamiento; poniendo así su contingente en la obra del progreso, al cual está llamada la América.

Al concluir la lectura del precioso libro, sentimos justificado nuestro republicanismo, y cobramos brío para el sostenimiento de la República, de la cual no hemos desconfiado nunca, y de la cual no renegaremos jamás. Por eso al encontrar narrado todo lo que sentimos y que no hubiéramos acertado a expresar, al hallar comprobado aquello que instintivamente sabíamos; en una palabra, al ver que los males de nuestra patria se explican, y que la explicación convence de que el mal no es irremediable, nos hemos permitido presentar a G. de Soroa, ya que debemos respetar el velo con que cubre su nombre, nuestra gratitud por lo que hace en beneficio de la Patria que tanto amamos, y nuestra respetuosa felicitación por el desempeño de su obra.

LOPEZ DE AYALA.

(Tomado de "La República", número 103.)

